Rudesíndus 3/2008. Pgs. 233-236

Homilía en San Martín de Mondoñedo del Emmo. Sr. Arzobispo de Santiago de Compostela en la apertura del Año Jubilar de San Rosendo

Mons. Julián Barrio Barrio

"Vendrán todas las gentes y dirán: Gloria a Ti, Señor". Alabamos la grandeza y la gloria de Dios que nos ha llamado en Cristo a los bienes de la salvación y proclamamos con gozo el comienzo de este Año Jubilar de San Rosendo, recordando que Dios Padre en Cristo por la acción santificadora del Espíritu descubre cada día su amor incondicionado por toda criatura humana llamada a la conversión.

Saludo fraternalmente al Sr. Obispo de la Diócesis de Mondoñedo-Ferrol que me ha concedido el honor de presidir esta celebración, con el que comparto las inquietudes y esperanzas de la Iglesia que peregrina en Galicia, a las dignísimas autoridades que nos acompañan, al clero diocesano, a los miembros de Vida consagrada y a laicos.

Al comienzo de este Año Jubilar de San Rosendo percibimos con honda emoción e intensidad espiritual este misterio de presencia, de perdón, de resurrección de santidad y de esperanza, proclamando con el Apóstol: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de dones espirituales, en los cielos, en Cristo; por cuanto nos a elegido en Él antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor" (Ef 1, 3-5). Es el plan que Dios tiene para sus criaturas cuando en ellas encuentra disponibilidad y generosidad. Así lo vemos reflejado en esta figura insigne de la Iglesia que peregrina en Galicia y que fue el Obispo San Rosendo, administrador de Dios, servidor de la Iglesia y hombre de los hombres que trabajó por la renovación espiritual de la sociedad.

¿Quién es éste y lo alabaremos? En este camino jubilar contemplamos su figura. Hijo preclaro de Galicia y honra de España, monje por vocación y obispo por obediencia, admirado por su saber y amado siempre por su bondad, con una actividad incansable y con un incuestionable prestigio, "enjugó las lágrimas de su Patria y la levantó del abismo de postración y miseria en que se hallaba sumida", reconstruyendo monasterios e iglesias, trabajando por la paz, fomentando las obras de caridad e instruyendo a un pueblo carente de formación y con una vida

cristiana mortecina. Como administrador de los misterios de Dios, y pastor de su pueblos cuidó la vida espiritual y material de sus diocesanos, sacerdotes, monjes y laicos, los puso a salvo en medio de las obscuridades, los alimentó con la palabra de Dios, los condujo a la fuente de aguas vivas y tranquilas que es Cristo, buscó a los alejados siempre dispuesto a ofrecer su vida, no ejerció el poder sobre ellos, y manifestó siempre entrañas de misericordia, sabiendo que es el Señor quien juzga y que uno sólo es nuestro Padre y Maestro y nosotros somos hermanos. Por eso el maestro según el Evangelio tanto más será maestro cuanto menos enseñe lo suyo y cuanto más se sienta intérprete del único Maestro.

Es un santo cuya protección y devoción está en los entresijos de la religiosidad y en la memoria espiritual de la Galicia cristiana porque interpretó desde la fe el momento que le tocó vivir y supo mirar lejos y en profundidad, viviendo personal y socialmente su vocación a la santidad. En medio de las mutaciones históricas recorrió nuevos caminos para evangelizar y evitar tergiversación del mensaje cristiano, posibilitando un diálogo entre fe y cultura, entre el ora et labora, que es siempre ese esfuerzo de reflexión sobre el misterio del mundo y en particular del hombre, y que es un modo de expresar la dimensión trascendente de la visión antropológica cristiana, sin ceder a exigencias acomodaticias. Una vida en santidad se proyecta siempre a la eternidad y es intuición de los bienes prometidos que en vigilante espera confiamos alcanzar. Por eso no podemos contentarnos con una vida mediocre y con una religiosidad superficial, sabiendo que Dios nos da como gracia lo que nos pide como misión y que su voluntad no puede ser un proyecto existente fuera de nosotros o al margen de nuestra vida.

Encuentro con Cristo

"Te buscaré, Señor, invocándote, y te invocaré creyendo en ti". Mil cien años desde el nacimiento de San Rosendo. Ahora dejamos el tiempo y de su mano nos adentramos en el misterio de la eternidad. En esta hora llena de incertidumbres, esta Iglesia particular ofrece providencialmente este acontecimiento de gran importancia histórica y espiritual como es el Año Jubilar. El luminoso testimonio de fe de San Rosendo en el seguimiento de Cristo, principio y fin, clave y centro de toda la historia humana, nos lleva a preguntarnos **¿quiénes somos**? y **¿quién es Dios**?, a reencontrarnos con nuestra tradición cristiana y contemplar el rostro del Resucitado quien en medio de la lucha ciertamente dramática entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas, entre la vida y la muerte, fortalece y renueva nuestra esperanza por el poder y la gracia de Dios "que da vida a los muertos y llama a la existencia a lo que no existe" (Rom 4, 17). La esperanza en la dedicación cotidiana a nuestras propias tareas ayuda a superar la preocupación angustiosa por el presente, el escepticismo y el desencanto que nos dificultan el ejercicio de la caridad.

Frente a la eternidad sólo la caridad garantiza la redención aceptada y verificada en nuestras vidas. En nuestra vida limitada sólo la caridad es eterna.

Primacía de la gracia

Es el año de gracia del Señor. Todo es gracia. Es la primacía de la gracia como principio esencial de la comprensión cristiana de la vida. "El que consiente la gracia de la conversión y abandona sus pecados renace a una vida nueva por el don del Espíritu Santo en la verdad y en el amor, viviendo la humildad, misericordia, paz y esperanza. El Espíritu de Dios es el que conoce lo íntimo de Dios y nos hace fácil conocer a Dios y hablar de El por la vía silenciosa y profunda del amor y de la comunión espiritual". Cristo nos ha enseñado el camino para llegar desde nuestra experiencia humana y desde nuestro mundo de pecado a la experiencia profundamente religiosa y al mundo vivificante de la gracia.

La santidad como meta

Llevamos lo eterno en nuestras entrañas, en nuestra naturaleza inmortal pero debemos recorrer el camino de Cristo y vivir su existencia en el tiempo y en el espacio. Pisamos tierra sagrada. Este convencimiento reaviva nuestra vocación irrenunciable a la santidad. En medio de la indiferencia religiosa que da espacio a los falsos profetismos, a presunciones temerarias y a pietismos estériles, la norma de vida del cristiano es el Evangelio de Jesucristo. La fe cristiana valora al hombre como el caminante que tiene una meta dentro de si mismo: el nacimiento del hombre nuevo. Por eso la fe nos da a luz en un parto tan misterioso como real y nos hace caminar consciente y libremente más allá del vagar sin rumbo que es consecuencia de la profunda crisis de la conciencia y de la práctica moral cristiana.

Significado do Ano Xubilar

O máis proveitoso na nosa vida é o que nos serve para o perdón dos pecados e para a plenitude da gracia. Neste ano xubilar chámasenos "á conversión e á penitencia, condición para avivar a nosa amizade con Deus, a súa graza e a vida sobrenatural que da resposta ás aspiracións máis profundas do corazón humano". É máis que un mero símbolo exterior: é expresión dunha concepción determinada do home e a súa relación con Deus, da presenza do sacro no corazón da nosa civilización, da distinción entre o temporal e o espiritual. Non botemos en saco furado a graza de Deus para non frustrar a cotío a salvación en nós. É necesario renovar a nosa vida cristiá, a través dos sacramentos do Perdón que libera o instante do cárcere pasado, e da Eucaristía que é o sinal eficaz do eterno que emerxe no contin-

xente, no efímero da nosa vida, facendo dela unha historiade verdade e de amor. Esta tensión manteranos vixiantes fronte ós ídolos que nos levan ó desalento e á morte e protexeranos cara a práctica dun amor activo e concreto con cada ser humano, descubrindo a que grao de entrega pode chegar a caridade ós máis pobres na estela das Benaventuranzas.

A comunidade dos crentes ha ser "fermento e o alma da sociedade humana, que debe ser renovada en Cristo e transformada na familia de Deus". San Rosendo, animador e custodio da fe nos lembra a evanxelización de San Martín de Dumio e de San Fructuoso, fundamento e esperanza para a nosa contemporaneidade. Foi no Mosteiro de San Martín de Mondoñedo onde se formou humana e espiritualmente nas ciencias sagradas e nas virtudes cristiás e aquí, sendo bispo, construiu este templo como Sé catedralicia. San Martín de Mondoñedo é a Igrexa nai da Diocese, referencia para a historia desta igrexia particular pero tamén para Galicia. A sua irradiación atopámola na Fundación para a vida monástica que fixo grande a Celanova, a vila que nace ó compás do Mosteiro de San Salvador, foco de virtude que irradiaba exemplaridade para toda a sociedade, centro de cultura e de evanxelización, proxecto para construír a cidade de Deus no medio da cidade dos homes coa preocupación de restaurar todas as cousas en Cristo e non anteponer nada ó seu amor no medio dos desertos da vida. Os santos sempre ofrecen certezas que nos axudan a caminar. Pero unha herdanza non se fai propia ata que non se conquista. Neste ano de graza e de misericordia acollamos os dons do perdón e do amor,crezamos na fe e no impulso misioneiro como achega a unha convivencia en xustiza, paz e santidade. Situemos toda a nosa vida na perspectiva da santidade como fixo San Rosendo. Proclamemos a nosa fe, celebrémola e vivámola. Amén.